



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Significación de Rafael Cordero, maestro puertorriqueño

Autor: Ferrer Canales, José

Forma sugerida de citar: Ferrer, J. (1994). Significación de Rafael Cordero, maestro puertorriqueño. *Cuadernos Americanos*, 4(46), 224-238.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 46, (julio-agosto de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

SIGNIFICACIÓN DE RAFAEL CORDERO, MAESTRO PUERTORRIQUEÑO

Por José FERRER CANALES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

Contraste de perspectivas

LA FIGURA DE RAFAEL CORDERO Y MOLINA crece con el tiempo en dimensiones morales y en el orden de la defensa de los derechos humanos. Paradigma, presencia del pensamiento democrático y del más auténtico cristianismo, este benemérito educador puertorriqueño negro resplandece en la historia con su mayor brillo cuando lo ubicamos en su hora, en el siglo XIX. Hagamos, por ello, síntesis de algunos juicios sobre el negro en América para mejor justipreciar la significación de esta egregia personalidad.

En 1857 la Corte Suprema de los Estados Unidos, presidida por el juez Roger Brooke, en el caso llevado contra Dred Scott, declara que "los negros libres no eran ciudadanos de los Estados Unidos", y que "no podrían reclamar para sí los derechos y privilegios garantizados en la Constitución".

En 1896, con otra decisión que da origen y justifica innumerables desafueros, proclama esa misma Corte Suprema que las comodidades, las facilidades de acceso a los bienes —ejemplos: la transportación y la escuela—, debían ser "iguales pero separadas".

Más de medio siglo, hasta el 7 de mayo de 1954, tuvo que esperar la nación estadounidense para escuchar a ese alto organismo jurídico reconocer por voz del honorable juez presidente Earl Warren que "la segregación racial en las escuelas públicas es perjudicial para la niñez y para la juventud negras".

Entendemos, por contraste, que el pensamiento más característico latinoamericano, iberoamericano, en sus más nobles y egregias figuras, ante la discriminación racial, puede resumirse con palabras del humanista don Alfonso Reyes, del sociólogo y antropólogo don Fernando Ortiz y de José Martí, el Apóstol.

Don Alfonso Reyes, "el mexicano universal", expone que no hay más raza que la raza humana. Y en su *Discurso por la lengua* subraya: "En el orden de la aptitud, sólo la diferente oportunidad de la cultura puede diversificar a los hombres, y no la pigmentación de la piel u otras pamplinas que la propaganda política arguye en excusa de sus crímenes".

Don Fernando Ortiz, pensador cubano, con su elocuencia y sapiencia, proclama:

No se ha demostrado que a cada raza humana corresponda un alma del color de la piel de aquélla. No hay procedimientos científicos para establecer diferencias mentales entre los cuerpos humanos que se dicen razas. No puede afirmarse, por tanto, que una raza sea congénitamente superior o inferior a otra por su capacidad mental.

Y José Martí, pensador, patriota y, como Bolívar, *varón solar* de Nuestra América, dirá:

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámpara, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana igual y eterna de los cuerpos diversos en forma y color.

Aplaudimos el pensamiento latinoamericano, iberoamericano, que es el de Betances, el de Ruiz Belvis, el de nuestros abolicionistas, aquí enunciado y simbolizado por don Alfonso Reyes y don Fernando Ortiz. Aceptamos y aplaudimos la riqueza conceptual de raíz democrática que culmina en la expresión de Martí sobre unos mismos derechos humanos, naturales y legales, y la identidad universal del hombre.

Tengamos presente el cuadro *La escuela del maestro Rafael*, de don Francisco Oller, pintado en los años 1891-92. Ahí vemos al mentor con su mirada honda, reflexiva, rodeado de varios niños de pigmentaciones diversas, unos sonrientes, uno lloroso. En las paredes cuelgan cuadros religiosos y, al fondo, cae un chorro de luz; lejos aparece un pedazo de cielo, aquel cielo que el polígrafo don Alejandro Tapia y Rivera llamó en *Mis memorias* "el cielo del maestro Rafael".

A propósito de la estampa humana y del cuadro en general, apunta el poeta y crítico doctor Josemilio González, que Oller está

atento a la "tarca histórica de fraguar la conciencia nacional" y que su obra, es "una exploración en busca de nuestra identidad..., un ensayo de esbozar los lineamientos de nuestro ser..., una tentativa de definir la visión puertorriqueña de la realidad".

El cuadro *La escuela del maestro Rafael*, afirmamos nosotros, corresponde a la teoría estética de Oller, quien sostuvo:

El artista. tiene la obligación de servir, su cuadro deber ser un libro que instruya, que sirva para mejorar la condición humana, que fustigue el mal, que ensalce el bien, por lo que defino el arte como la representación de la naturaleza en bien de la humanidad.

Cuando la Corte Suprema de Estados Unidos afirma en 1857 que los negros no podían reclamar derechos o privilegios garantizados por la Constitución, ya hacía cuarenta y siete años que Rafael Cordero, este negro iluminador de conciencias, aleccionaba a niños negros y a niños blancos en su escuela en la Calle Luna número 68 (hoy núm. 315), en el histórico San Juan de Puerto Rico. Y su actitud y su ejemplo cívico se adelantan en casi un siglo y cuarto a la decisión antidiscriminatoria firmada por el honorable juez Warren en 1954.

Y porque aquella enseñanza se realiza en un plano de convivencia, de democracia, de generosidad, nos parece, en su época, verdaderamente revolucionaria.

Apóstol ardiente de la instrucción

RAFAEL Cordero nace el 24 de octubre de 1790 en San Juan. Es hijo del artesano de la capital Lucas Cordero y de Rita Molina, arecibeña "los dos, maestros". De sus padres recoge el conocimiento que tuvo la inteligencia de enriquecer y generosamente transmitir a sus discípulos. Tabaquero, es, sobre todo, maestro, que comienza su siembra fecunda mucho antes de que el Gobierno Superior de la Isla de Puerto Rico organizara, hacia 1845, la enseñanza primaria.

Cordero funda en 1810 en San Juan esa escuela casi gratuita para niños y ese hogar escolar está en función hasta 1868, cuando muere el educador (5 de julio). Su hermana Celestina, maestra que en su escuela educó a más de cien niñas, mercede también nuestro homenaje.

Subrayémoslo: en el siglo pasado, en San Juan de Puerto Rico, durante cincuenta y ocho años, más de medio siglo, un educador de

piel negra ilumina las conciencias de niños negros y blancos, hijos de ricos e hijos de pobres, mientras los inicia en un programa de lectura, caligrafía, doctrina cristiana y aritmética.

Verdad que el mismo Cordero decía: "Yo tumbo el árbol y lo descortezo; manos más hábiles que las mías se encargarán de labrar la madera y darle barniz". Lenguaje metafórico, simbólico, sencillo y trascendental, el de Cordero.

Su discípulo Sotero Figueroa, vinculado a José Martí, y cuya obra periodística y patriótica pertenece tanto a Cuba como a Puerto Rico, se refiere al maestro Cordero como

al apóstol más ardiente y desinteresado de la instrucción primaria en esta Isla; al prototipo de la honradez, que vio desfilar con respeto por su humilde escuela a más de dos generaciones ávidas de aprender, más que a ser sabias, rectas y pundonorosas; al pobre hijo del pueblo, marcado con el sello de la *degradación* (...piel negra) que se levanta del nivel común, sobrepuja en consideración a la generalidad de sus paisanos, y por su propio y exclusivo esfuerzo escribe su nombre en el templo inmortal de nuestros benefactores.

Otros discípulos de Cordero

ADemás de Sotero Figueroa, ¿quiénes fueron otros de los discípulos de Cordero? Constituyen realmente una constelación puertorriqueña de la inteligencia, la cultura y el patriotismo. Júzguese por este recuento que hace el historiador don Salvador Brau en una velada celebrada en el Ateneo Puertorriqueño en 1891:

Alejandro llamaba al maestro Rafael al biógrafo de Campeche y de Power; *Román* decíale al futuro constituyente, tratándolos, a ellos y a sus demás discípulos con la misma familiar sencillez que los tratara en la escuela. Y ellos le correspondían con tal filial respeto, que aún se recuerda al coronel Espino, prescindiendo de su militar temperamento y de su autoritarismo de corregidor, para contestar al "¡Adiós Cayetano!" del anciano obrero, llevando la mano al jupjapa y repitiendo la frase sacramental de la escuela: "La bendición, maestro".

La historiadora y patriota doctora Isabel Gutiérrez del Arroyo completa esa página de este modo: a lo que el maestro Rafael respondía: 'Dios te bendiga, Cayetano'.

Y comenta la admirada educadora:

¡Oh admirable subversión de jerarquías! ¡Oh supremo criterio jerarquizante de los principios éticos de raíz cristiana! Pienso que un régimen democrático

podrá serlo de veras sólo cuando sus constituyentes, gobernantes y gobernados, reconozcan en lo profundo de sus conciencias su condición de criaturas, vínculo filial que los obliga a amarse y compartir como hermanos a todos los niveles...

A propósito del hecho que el maestro Cordero ponía al niño Tapia a estudiar "a la sombra de una parra que había en el patio" – como recordaba en una conversación la educadora antillana Carmen Durán– contaba Tapia y Rivera, el poeta y conferencista, autor de las trascendentales *Conferencias sobre estética y literatura*, que elogia Pedro Henríquez Ureña, que un día preguntó a su antiguo mentor "qué capricho o idea le había inducido a ponerlo bajo la parra a estudiar".

A lo que comentó Cordero:

Yo notaba, Alejandro, que leías con extremada afición versos, me pareció adivinar tu destino, y como sé que a los poetas les gusta el verde de los campos, las flores, las fuentes y las arboledas, el canto de los pájaros, en fin, todo ese riquísimo concierto que ostenta la naturaleza, y como yo no tenía ni fuentes, ni árboles, ni flores, te sentaba para halagarte, a la sombra de la humilde parra del patio de mi casa.

Comenta el polígrafo: "¡Qué pasaje tan bello! ¡Bendita sea tu memoria, venerable varón!". Y reitera: "...el maestro, al penetrar mi gusto por lo bello y contemplativo, revelaba que el sentido estético iba más allá de su escasa instrucción, y tenía lo que debemos llamar un alma que sabía amar lo bello y estimar a quien lo amase; sabía la manera de educar el corazón".

El crítico, profesor y poeta, doctor Cesáreo Rosa Nieves alude a otros discípulos: a don José Julián Acosta, historiador y abolicionista; a don Manuel de Elzaburu, presidente del Ateneo Puertorriqueño; al doctor Francisco del Valle Atilés, y a don Lorenzo Puente Acosta.

Una emotiva semblanza

EN 1868, muerto el generoso educador, su discípulo Lorenzo Puente Acosta publica una emotiva semblanza que titula *Biografía del maestro Rafael Cordero*, enriquecida con un apéndice de don Alejandro Tapia y Rivera y con un editorial del periódico *Las Antillas*, correspondiente al 10 de junio de 1867.

La dedicatoria da la tónica de la semblanza que deseamos recordar por su antigüedad y por su valor personal. Se refiere a: “La veneración a la virtud, el respeto hacia el hombre de bien que se consagra, como el divino Maestro, a enseñar al que no sabe, a derramar en el corazón de la niñez las máximas de la caridad, el amor al saber, a la gloria, a la patria...”.

Consagrado este texto a eternizar la memoria de Cordero, así prosigue Puente Acosta:

¡Vosotros, los que habéis aprendido a conocer la palabra en los humildes bancos de su escuela, bendecid su memoria!

¡Vosotros, los que habéis besado su mano en los días risueños de la infancia, honrad su sepulcro!

¡Vosotros, los que habéis elevado la primera oración a Dios bajo la humilde “parra” del patio de su casa, gloriadlo en la patria...!

Este discípulo llama a Cordero: *varón virtuoso, nazareno espontáneo de la instrucción pública, Benemérito de la Patria*. Afirma para elogiarlo: “Los hombres como él no mueren nunca”. Y juzga los cincuenta y ocho años de labor pedagógica del mentor puertorriqueño “la mejor apoteosis de nuestro maestro”. Revela que Cordero admiró a san Antonio de Padua —en quien cree haber encontrado estímulo para el quehacer pedagógico— y a nuestro pintor del siglo XVIII, José Campeche.

Puente Acosta nos narra dos muy significativas anécdotas que develan algunas virtudes del Maestro Cordero: la primera:

Eran las nueve de la mañana del 14 del mes de enero de este año (‘68). Llegó un pobre a las puertas del maestro Rafael, en momentos en que se disponía a almorzar. Notó en el semblante demacrado del pobre el hambre y en su vestido la miseria. El maestro Rafael, por uno de esos rasgos filantrópicos que tanto le distinguían, dio su almuerzo al mendigo y además le facilitó una camisa, un pantalón y un real de vellón. El pobre al retirarse besó la mano del maestro Rafael con una lágrima de gratitud.

La segunda:

Cuando la Sociedad Económica de Amigos del País dio el premio de virtud, su valor \$100, al Maestro Rafael, éste lo admitió de buen grado. Pero, ¿qué hizo con esa cantidad? Dedicó 50 pesos para vestir, calzar y facilitar libros a sus discípulos más pobres y los otros 50 pesos los repartió entre los limosneros de esta capital, para cuyo objeto los citó un domingo valiéndose de sus discípulos y amigos.

Y comenta el narrador: “¡Sublime arranque de un alma bienhechora! ¡Hermoso desprendimiento digno del maestro Rafael! ¡Corona de caridad que sólo ciñen sobre su frente los hombres justos!”.

Honores al obrero

Y Prudencio Rivera Martínez, tabaquero, luego comisionado del Trabajo de Puerto Rico, dicta en el Casino Rafael Cordero de San Juan, en 1932, una conferencia en homenaje al virtuoso educador y en ella compara la obra del maestro puertorriqueño con la del educador negro norteamericano Booker T. Washington, y la escuela fundada en la Calle Luna, con el Instituto Tuskegec de Alabama, creado en 1881.

Plantea el conferencista la hipótesis de que en Puerto Rico no se haya “ahondado en los prejuicios y distinciones de razas”, gracias a la obra de “aquél dulce pastor de almas infantiles que acariciaba igualmente la frente de un niño negro que la de un niño blanco”.

Con orgullo y gratitud habla Rivera Martínez sobre la faceta del tabaquero en Cordero. “Pudiéramos decir —afirma—, que... fue el primer tabaquero en Puerto Rico que nos dio honores y glorias a la clase, al oficio”. Lo ve como “uno de los precursores de la inteligencia, de la educación y de las grandes obras en que habría de intervenir más tarde el núcleo de obreros puertorriqueños, dedicados a la industria del tabaco”.

Y nos dibuja este cuadro en cuyo centro ubica a Cordero:

Junto a su tosca mesa de trabajo, con su pañuelo atado a la cabeza a guisa de turbante, para prevenirse contra el resfriado, se pasaba las horas sin límite, las semanas y los años, con sus brazos en movimiento ocupando sus manos en la noble tarea de torcer hojas de tabaco para convertirlas en “jumosas”, “boliches” o “mochingos”, pues éstos eran los nombres que despectivamente se aplicaban en su época a los cigarros de ruda elaboración, y los cuales el mismo Cordero aplicaba a su producto. Mientras esto hacía, los ojos de su alma, como si fueran los de un visionario, estaban fijos en el futuro. Su tarea de tabaquero la desempeñaba simultáneamente con su tarea de instructor de los niños. Y desde el sitio estratégico que ocupaba en aquel humilde recinto, vigilaba solícitamente el curso de aquella niñez inquieta y bulliciosa.

Crece en entusiasmo el comentario y Rivera Martínez evoca al Apóstol José Martí junto a los tabaqueros de Tampa:

Que su espíritu generoso y de bondad estuvo siempre con nosotros en el taller y en nuestras empresas cívicas y de emancipación, no podría negarse. Taba-

queros fueron los que con Martí y otros compatriotas cubanos elaboraron y prepararon la revolución que hizo a Cuba soberana, labor que se llevó a cabo en los grandes talleres de tabaquería de New York, Tampa, y Cayo Hueso, y con la contribución económica más generosa que podía, cuando Martí leía personalmente sus vibrantes arengas en nuestra tabaquería. En esos grupos no faltaba la decidida acción y la contribución modesta del tabaquero puertorriqueño.

Rivera Martínez alude finalmente a obreros puertorriqueños que han enriquecido la cultura nacional como Pedro Carlos Timothéc, educador y escritor; Tomas Carrión Maduro, orador, escritor y legislador; José Ferrer y Ferrer, orador y escritor; Ramón Romero Rosa, tipógrafo y escritor; Felipe Dessus, periodista y poeta.

En época contemporánea

EN época contemporánea han honrado a Rafael Cordero, entre otros, Arturo Schomburg, Ricardo E. Alegría, Flor Piñeiro de Rivera, Pedro C. Timothéc, Joaquín A. Becerril, Santiago Maunéz Vizarondo, el doctor Osiris Delgado y el historiador de arte doctor Arturo Dávila. Se constituyó el Comité del Bicentenario del Maestro Rafael Cordero —uno de cuyos miembros es el doctor Carmelo Delgado Cintrón y con la Resolución Conjunta 460 del 22 de agosto de 1990 en la Legislatura de Puerto Rico, se proclama el Año del Bicentenario del Maestro Rafael Cordero y Molina (gracias en parte al senador por Humacao, Gilberto Rivera Ortiz).

Ruth Vasallo, finísima sensibilidad estética e infatigable estímulo vivo de la cultura antillana, organiza una significativa exposición sobre el educador con ilustraciones de Jack Delano. José Antonio Torres Martinó, esa entrañable y poliédrica personalidad de las artes, en la fecha exacta del Bicentenario (24 de octubre de 1990), dibuja en *El Nuevo Día* una valiosa estampa del mentor.

Sobre los derechos humanos

LA figura de Rafael Cordero nos obliga a pensar en algunos de los grandes ideales de la humanidad como la paz y la justicia. Para lograr esos ideales existen, sabemos, organismos internacionales.

Uno es la UNESCO, establecida "con el fin de asegurar el respeto universal a la justicia, a la ley, a los derechos humanos y a las libertades fundamentales..., sin distinción de raza..., sexo, idioma

o religión...". Para esto, la UNESCO "da impulso a la educación popular", a la "formación preprimaria", al concepto de "educación permanente".

Y la UNESCO es uno de los organismos de las Naciones Unidas, cuya Declaración Universal de los Derechos Humanos fue aprobada en 1948 por los cincuenta y seis países que entonces constituían esa institución internacional.

Permítanme respetuosamente recordar el artículo 26 de esa Declaración Universal:

Toda persona tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita, al menos en lo concerniente a la instrucción elemental y fundamental. La instrucción elemental será obligatoria...

La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos del hombre y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos, y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz.

Si viviera entre nosotros Cordero, podríamos afirmar que, desde su perspectiva, con sus esfuerzos, con su heroísmo moral, en su escuela en la Calle Luna, número 168, del histórico San Juan de Puerto Rico, estaba colaborando con las ingentes, con las fundamentales jornadas de las Naciones Unidas, de la UNESCO, por la paz, por la justicia y por la libertad.

Los que soñamos y nos esforzamos por una universidad académicamente excelente, universidad de ciencia y conciencia, forjadora de la mujer íntegra y el hombre completo, una universidad libertadora, autónoma, que sirva a la patria y sirva a la humanidad, sabemos que esto se logrará, con más certidumbre, si hay mentores como Rafael Cordero, consagrados a educar la infancia, a cuidar sus raíces a cultivar su alma.

En el ara inmortal

EN el ara inmortal de los más auténticos vigías, de los forjadores del alma de Nuestra América, la América mestiza, están nombres como los de Eugenio María de Hostos, Simón Rodríguez, José de la Luz y Caballero, Benito Pablo Juárez, Justo Sierra, José Carlos Mariátegui, Enrique Rodó, José Martí, Alfredo Aguayo, Pedro

Henríquez Ureña, Gabriela Mistral, Margot Arce de Vázquez, Jesualdo Sosa, Paulo Freire y otros. Y cerca, muy cerca están los artesanos del espíritu, quienes como Rafael Cordero, humildemente, metafóricamente, claman: "Yo tumbo el árbol, lo descortezo, manos más hábiles que las mías se encargarán de labrar la madera y darle el barniz".

Están, estarán esos humildes artesanos en el corazón de ese altar, no por benevolencia, no por generosidad de algunos hombres. ¡Están y estarán por dictámenes de la verdad, por razones de la justicia, por juicios de la historia!

Entre esos maestros de Nuestra América, la América mestiza, ecuménica, he mencionado a la egregia figura de Simón Rodríguez (1771-1854), contemporáneo de Cordero, el mentor de Bolívar, a quien en la famosa *Epístola de Pativilca* le comenta el Libertador:

¡Con qué avidez habrá seguido usted mis pasos, dirigidos muy anticipadamente por Vuestra Merced! Vuestra Merced formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló.

Sotero Figueroa, Tapia y Rivera, Puente Acosta han escrito comentarios, en su esfera, equivalentes a éstos de Bolívar para Simón Rodríguez.

Nos informa el historiador cubano Salvador Morales que Simón Rodríguez "no sólo fue maestro de Bolívar, sino de toda una generación de criollos tanto pobres como acomodados". El maestro caraqueño, sabemos, se consagró a la enseñanza popular, democrática, en su ruta por Colombia, Perú, Bolivia, Ecuador y Chile. Tuvo interés especial en instruir y en educar "a los niños pobres, a los niños indios, negros y mestizos para crearles conciencia social".

No dudo que Simón Rodríguez, de quien afirma el historiador Morales que "solicita la arcilla que desca moldear en su empeño educador" —lenguaje metafórico que trae ecos de palabras de Cordero—, Simón Rodríguez, que escribe "dénseme los muchachos pobres que los hacendados declaren libres al nacer, que no puedan enseñar o abandonen por rudos", esta otra presencia paradigmática de maestros que encarna las palabras de José Martí *con los pobres de la tierra! quiero yo mi suerte echar*, Simón Rodríguez hubicra aplaudido con entusiasmo, fervorosamente, de haberla conocido, la obra fecunda, de heroísmo moral, revolucionaria, que realizaba en el aula y fuera del aula, el maestro puertorriqueño Rafael Cordero.

Y por su color, Cordero tiene también la honra de pertenecer a otra constelación de personalidades, héroes negros de la cultura, las artes, y defensores de los derechos humanos. En ella resplandecen, entre otros: Wole Soyinka, poeta, ensayista, dramaturgo, novelista negro de Nigeria, Premio Nobel de Literatura (1986); Nelson Mandela, militante, abanderado de la libertad (como el arzobispo anglicano Desmond Tutu, especialmente en África del Sur); el reverendo Martin Luther King, apóstol de la Paz; Benjamin Mays y Mordecai Johnson, eminentes educadores estadounidenses; James Weldon Johnson, Langston Hughes, quien clama *Yo también canto, América. / Yo soy el hermano negro*, el poeta caribeño y universal Nicolás Guillén, y ahora Derek Walcott, de Santa Lucía, Premio Nobel de Literatura en 1992.

Podría ampliarse esa lista. No puedo dejar de rendirle honores al civilista, preocupado por la educación de su pueblo, el Titán de Bronce, Antonio Maceo; a su señora madre, la heroína Mariana Grajales; a Juan Gualberto Gómez, *alter ego* de Martí; a Alejandro Pétion; a esos símbolos de la cultura negra, antillana, Gregorio Luperón y Pedro Mir, y a personalidades puertorriqueñas como José Campeche, Baldorioty de Castro, al Patriarca Betances, Morrel Campos, Sylvia del Villar, Francisco Gonzalo Marín, *Pachín*, y Arturo Schomburg, entre otros.

... *Y Juan Garrido*

TAMBIÉN suscita Rafael Cordero el recuerdo de Juan Garrido, cuyas hazañas exalta en un libro reciente, el fecundo y prestigioso historiador, arqueólogo, humanista y gestor de innumerables actividades culturales, doctor Ricardo E. Alegría. "Juan Garrido —cito a Alegría— es hasta ahora el primer negro africano conocido en pasar al Nuevo Mundo y el primer negro libre en América". Sabemos que Juan Garrido viene del África a Lisboa "de su voluntad", es decir, "libre", a fines del siglo xv, hacia 1494-1495. Pasa a Sevilla y luego a La Española (Santo Domingo). Estará con Juan Ponce de León en la conquista de Puerto Rico (1508-1510) y lo acompañará a la Florida. Será un conquistador junto a Hernán Cortés en la Nueva España y quedará inmortalizado por el pintor Diego Rivera en un mural que hemos visto en el Palacio Presidencial en Ciudad de México. Juan Garrido es el primero en sembrar trigo "con éxito en La Nueva España y probablemente en toda América".

Siembra el conquistador Garrido —ahora dicho con palabras que Alegría toma del historiador Francisco López de Gómara (1552),

en un huerto tres granos de trigo que halló en un saco de arroz; nacieron... dos, y uno de ellos tuvo ciento ochenta granos. Tornaron luego a sembrar aquellos granos, y poco a poco hay infinito trigo: da uno ciento, y trescientos;... hay muchas cogidas por año. A un negro se debe tanto bien.

Confieso mi emoción y orgullo al saber que un negro libre y conquistador en la historia de las Américas, Juan Garrido, fue el primer hombre en sembrar y cosechar trigo en Coyoacán, México, las Américas, como fue Rafael Cordero el primero, en otro plano, en sembrar ideas en el alma de varias generaciones puertorriqueñas del siglo XIX.

Gratitud e invocación

EL más universal de los pensadores puertorriqueños, Maestro de América, peregrino de la libertad y varón de epopeya moral, cuya obra, según Gregorio Luperón, *más que meritoria fue sagrada*, don Eugenio María de Hostos, escribió:

El hombre no deja de ser hombre por ser de color claro u oscuro. . . , porque proceda de trono caucásico o mongólico, americano o malayo. Cualquiera sea su color, en cualquier parte es el mismo ser racional, el ser humano; en todas partes es un ser de derecho natural y en todas partes se le debe el reconocimiento de sus derechos naturales.

Escritas en 1876, esas palabras de Hostos parecen talladas en mármol o en bronce para un homenaje al maestro Rafael Cordero.

En la hora actual meditemos sobre el sentido de aquel “vivir egregio”, de aquel mentor, presente en estos versos de José Gualberto Padilla, “El Caribe”:

Pobre y humilde artesano
de oscuro y modesto nombre,
hubo en Borinquen un hombre
caritativo y cristiano:
con la dádiva en la mano
y en el corazón la calma,
ciñó por única palma
la pura y dulce alegría

con que sus dones hacía
para provecho del alma.
Es una historia de ayer,
que está viva en la memoria;
aún recuerdan esa historia
los que nos dieron el ser.
Ellos que pudieron ver
que el modesto menestral
en combate desigual
con el tiempo y la ignorancia
a la pobre y tierna infancia
daba el pan intelectual.
Sacerdote de la idea,
de la ilustración obrero,
tuvo el noble tabaquero
la fe que redime y crea.

(“El Maestro Rafael”)

Expresamos nuestra profunda gratitud a la vida, a la historia, al Creador, por la existencia fecunda de este escultor —voz que nos llega por lo menos desde los días de Sócrates— de este tallador, despertador de conciencias, sembrador de la letra libertadora, dignificador del trabajo manual —porque es tabaquero—, hombre consagrado a los altos valores morales y fundador de patria. Lo elogia el ensayista don Antonio S. Pedreira. “Benemérito y virtuoso”, lo describe el historiador, don Salvador Brau. Y el Apóstol antillano, José Martí, lo invoca como “Santo maestro Rafael”

Danos, humilde varón de nombre inmarcesible, desde tu cielo, de tu generosidad, de tu reciedumbre moral, de tu fe en el hombre, de aquella lumbre interior que te guiaba en el esfuerzo heroico por la cultura, por la justicia, por la patria nuestra y antillana.

BIBLIOGRAFÍA

- Alegría, Ricardo E., *Juan Garrido, el conquistador negro en las Antillas, Florida, México y California*, San Juan de Puerto Rico, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1990, pp. 15-85.
- Brau, Salvador, "Rafael Cordero", en *Ensayos (Disquisiciones sociológicas)*, Río Piedras, Puerto Rico, Edil, 1972, pp. 147-159.
- Delgado Cintrón, Carmelo, "Bicentenario del Maestro Rafael Cordero", tercera edición, *Periódico comprometido de la Tercera Edad*, 1, 3 (1990), p. 13.
- Depestre, René, "Saludo y despedida de la negritud", en *África en América Latina*, México, Siglo XXI, 1987, pp. 337-362.
- Figuroa, Sotero, *Ensayo biográfico de los que más han contribuido al progreso de Puerto Rico*. Prólogo del licenciado don José Julián Acosta y Calvo, Ponce, Establecimiento Tipográfico, 1888, pp. 173-185.
- González, Josemilio, "La cultura nacional puertorriqueña en el siglo diecinueve y Francisco Oller", en *Francisco Oller, un realista del impresionismo*, Poncc, Museo de Arte de Ponce, 1983, p. 87.
- Gutiérrez del Arroyo, Isabel, *Persona y fe. Discurso de aceptación del Grado de Doctor Honoris et Scientiae Causa*, Bayamón, Universidad Central de Bayamón, 1984, p. 9.
- Hopkins, Vincent, C., S. J., *Dred Scott's case*, New York, Fordman University Press, 1951, pp. 63-95.
- Hostos, Eugenio María de, *Obras completas*, La Habana, Cultural, 1939, vol. II, p. 241.
- Logan, Rayford W., *The Negro in the United States*, New York, D. Nostrand Company, 1957, p. 36.
- Martí, José, "Las Antillas y Baldorioty de Castro", en *Obras completas*, vol. IV, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 409.
- _____, *Obras completas*, vol. II, pp. 22, 298, 299.
- Morales, Salvador, *Martí en Venezuela, Bolívar en Martí*, La Habana, Editora Política, 1985, pp. 11-133.
- Oller, Francisco, "Discurso... en la Escuela Normal", en *Francisco Oller, un realista del impresionismo*, p. 229.
- Padilla, José G. ("El Caribe"), "El Maestro Rafael", en *Poesía Puertorriqueña, Antología para niños*. Recopilación, selección, ordenación por Carmen Gómez Tejera y Juan Asencio Álvarez-Torre. Con unas palabras de Juan Ramón Jiménez, La Habana, Cultural, 1938, pp. 346-347.
- Paul, James C. N., *The School Segregation Decision*, Chapel Hill, University of North Carolina, 1954, pp. 123-132.

- Piñeiro de Rivera, Flor, *Arturo Schomburg: Un puertorriqueño descubre el legado histórico del negro. Sus escritos anotados y apéndices*. Prólogo de Ricardo E. Alegría, San Juan de Puerto Rico, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1989, pp. 31, 212, 260.
- Puente Acosta, Lorenzo, *Biografía del Maestro Rafael Cordero*, Puerto Rico, Imprenta Acosta, 1868.
- Rivera Martínez, Prudencio, *Conferencia Rafael Cordero Molina*, San Juan de Puerto Rico, Imprenta Becerril, 1932.
- Rosa-Nieves, Cesáreo y Esther M. Melón, *Biografías puertorriqueñas, perfil histórico de un pueblo*, Sharon, Connecticut, Troutman Press, 1970, pp. 106-108.
- Torres Martinó, José A., "Nos honra recordar al maestro Rafael Cordero", *El Nuevo Día*, 24 de octubre de 1990, p. 63.